



**Azorin**

### **Imprecación a Miguel**

Miguel vienes de Esquivias y te encaminas a Madrid; hago contigo el mismo viaje; nos hemos encontrado hace poco en un olivar; descansamos ahora unos momentos en esta casa de un labrador. La casa es blanca y limpia; tú estás sentado junto a una cama de bancos y cuatro anchas tablas; como ésta has descrito tú alguna en la primera parte de tu libro, de tu gran libro; estás sentado en un sillón de moscovia -el labrador es rico- y en, una mesa, al alcance de tu mano, reposa un cántaro rojizo, de líneas sencillas y puras, y a su lado, un vaso. Ni Miguel Ángel, ni Berruguete, ni Rodin, con todo su genio, podrían variar, embelleciéndola, la forma de este cántaro humilde.

Tienes sed, Miguel; tienes mucha sed; toda el agua del Henares, tu río nativo, el río de tu ciudad nativa, no bastaría para aplacar tu sed. (Digo estas cosas entre mí; nos une a Miguel y a mi larga y cordial amistad; digo entre mí estas cosas, en tanto que le tomo el pulso y que nos miramos de hito en hito atentamente; soy el médico de la casa; pero no ando en mula con gualdrapa por las calles, ni entro en los zaguanes a orinar cuando de ello siento gana, ni llevo en el índice un sortijón con topacio o esmeralda, ni, en suma, soy un facultativo de los que pintan Tirso de Molina, Quevedo y compañía). Estás, Miguel, un poco pensativo, absorto. ¿En qué piensas? ¿Acaso es la fatiga del camino? Has trabajado y sentido tanto, que te rinde un cansancio profundo. No alargues la mano tantas veces al vaso; haz un esfuerzo para reprimir tu sed. Lo que a ti te ha rendido es, más que el trabajo, la emoción. ¡Cuántas, y cuán variadas, y cuán hondas tus sensaciones a lo largo de tu vida! Tú, Miguel, has pasado la vida en los caminos; conoces las ventas solitarias y los mesones de los pueblos. Has estado en Italia, en el mar, en Argel y en La Mancha, que es otro mar. La emoción -fíjate en lo que te digo, Miguel- la emoción, la intensa emoción en que se condensa prodigiosamente el tiempo, tú la has sentido como no la ha sentido Lope, ni la ha sentido nadie. ¿Cómo no ha de estar titubeante ahora tu corazón? Una vida de intensas emociones se paga al cabo; es

como una factura que hay que saldar, y tú la estás saldando ahora. ¡Qué lejanos los días felices de Italia y los de Lepanto, y los angustiosos de Argel! Deja que te ponga cariñosamente la mano en el hombro -soy tu médico- y que te diga despacio, con voz solemne: Quien ha hecho lo que tú en Lepanto, y quien ha tenido como tú en Argel, para el prójimo, la abnegación que tú tuviste, abnegación peligrosísima, larga y constante, ha escrito en la Historia de la Humanidad la más bella página. Bello es tu libro, Miguel. Pero ¿tú crees -ni podrá creer nadie- que es más bello que tu propia vida? Dejo tu mano, Miguel, después de haberte tomado el pulso y te aseguro que puedes estar tranquilo; el pulso está, sí, un poquito intercadente; llegarás a Madrid y allí encontrarás tranquilidad. Tú has dicho que tu casa es "antigua y lóbrega"; en esa penumbra reposará mejor tu espíritu. De tarde en tarde, para tu seguridad, vendrá de Toledo, enviado por el arzobispo y cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas, un recadero a visitarle... No insisto. Miguel, sobre esta parte de tu vida: es el lado doloroso de todos los artistas. De los artistas puros, desinteresados, como los que trabajan para formar el ambiente moral en que una nación ha de desenvolverse. ¡Y si fuera sólo la pobreza, Miguel! No quiero dejar de decirte que he leído recientemente -leído una vez más- que tu libro es un libro de decadencia, un libro enervador. ¿Acaso saben lo que es tu libro, lo que es una gran obra de arte, los que tal dicen? En todo gran libro hay dos cosas: el texto y el ambiente que se ha ido formando en torno a ese texto; el arte puro es cosa tan peregrina, que uno puede ser el texto y otro el ambiente. Lo que realmente nos hechiza en un libro es esa atmósfera que lectores y lectores, generaciones y generaciones, sensibilidades y sensibilidades han creado en torno al libro. Y el ambiente moral de tu libro, Miguel, yo lo afirmo rotundamente, es de humanidad, de honda humanidad, de confortación anímica, de esperanza y de consuelo. Cuando, estando afligidos, combatidos por la adversidad, rendidos por el dolor, leemos unas páginas de tu libro nos sentimos al punto fortalecidos y alentados, ¿Y es todo eso decadencia y enervación?

Vamos, Miguel; nos están llamando; ha llegado el momento de reanudar nuestro viaje, el viaje a Madrid y el viaje de la vida. ¡En marcha, pues!

Azorín

ABC, 27 de noviembre de 1941

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

